

La derecha religiosa y el fundamentalismo cristiano

Enrique López Oliva

Historiador y periodista. Comisión para el Estudio de la Iglesia en Latinoamérica (CEHILA - Cuba)

Los finales del siglo xx y comienzos del nuevo siglo **LXXI** se han caracterizado por un inusitado auge de los extremismos políticos y religiosos. Antiguos y nuevos extremismos han aparecido en escena con manifestaciones de singular violencia. Palabras como «extremismo», «fundamentalismo», «radicalismo», «ultraortodoxia», «fanatismo», han saltado a las primeras páginas de los diarios y los noticieros televisivos. Para diversos observadores —políticos, sociólogos, filósofos, periodistas— tales términos son parte de un universo especialmente complejo y móvil, en la medida en que, al decir del sociólogo francés de las religiones, Henri Tincq, «por él cruzan la historia y el presente, lo próximo y lo lejano, lo espiritual y lo temporal, lo religioso y lo político, lo trascendente y lo inmanente, lo secular y lo irracional. Se trata de realidades a las que se debe más acercarse que tocar, más de contornos, que debe sugerir y dibujar, que de contenidos que debe describir».¹

No resulta fácil un intento de aproximación a tales temas, y mucho menos tratar de establecer vínculos y puentes con el propósito de hacer comparaciones entre diversas formas de extremismo, presentes en la sociedad

actual, envuelta en un tenso proceso de transición. Hay quienes estiman que las palabras mismas —«integrista», «fundamentalismo», «fanatismo», «radicalismo»— se han vuelto locas, al igual que muchas de las ideas que les sirven de apoyo.

Resulta paradójico que en un mundo cada día más secularizado, que tiende a reducir al interés privado la relevancia pública de la moralidad y la religión,² y donde la sociedad se ve cada día más privada de la cultura religiosa, se cortan las referencias espirituales, se produce una especie de vacío espiritual, prolifera el indiferentismo e incluso el ateísmo —con sus diferentes manifestaciones—, en determinados sectores sociales se sobrestiman más formas que pudiéramos considerar «pervertidas de la religión»,³ así como se produce lo que algunos autores han llamado «el retorno de los brujos», «el desquite de Dios», o «el despertar de las espiritualidades» y la aparición de «nuevos movimientos religiosos».⁴

El sociólogo de las religiones, Jean Delumeau considera que:

Hoy en día sabemos que cuando más progresa la ciencia, más se extiende el círculo de sombra que rodea el campo de

nuestros conocimientos. El optimismo racionalista pertenece al pasado. Pero otro aspecto de la situación actual revela que estamos asistiendo, sobre todo en Occidente, a una fragmentación de nuestras referencias, a una sociedad sacudida de nuestros valores, a nuevos planteamientos de la fe tradicional. Nuestras pistas se enredan, nuestras señales para situarnos se borran, nuestras certezas vacilan [...] La religión del mañana ¿va a ser el agnosticismo? ¿O, en último extremo, acabaremos refugiándonos en ciudadelas doctrinales protegidas por hombres armados?⁵

El siglo XXI se inició con una nueva guerra y con violentos actos de terrorismo, atribuidos a grupos catalogados de «extremistas» y «fundamentalistas», aunque no se hayan mostrado evidencias claras. A partir del 11 de septiembre de 2001, se desencadenó un proceso que ha puesto a todo el mundo en tensión. No solo los políticos, sino también el mundo académico y los líderes religiosos han reaccionado con preocupación.⁶

Expertos de varios países coinciden en que el problema es «multidimensional», y ante los actuales peligros que enfrenta la humanidad surgen numerosas preguntas. En el campo religioso sobresalen: ¿cuál será el papel de la religión en el mundo actual?, ¿se profundizará la división entre cristianos liberales y conservadores?, ¿dominarán los distintos fundamentalismos las principales corrientes del pensamiento contemporáneo, tanto en la política como en la religión?

Desde hace algún tiempo, se habla de la necesidad de un renacimiento espiritual con el objetivo de tratar de llenar la insatisfacción que provoca el actual vacío espiritual que vive la civilización occidental, dominada por un tecnicismo racionalista a ultranza, así como —según admiten, incluso, algunos teólogos cristianos—, por lo insulso y esclerótico de una práctica cristiana rutinaria o de pretensión «tradicional».⁷

Las diversas formas contemporáneas del extremismo religioso —que suelen interrelacionarse con los extremismos políticos— se distinguen principalmente por ser fenómenos de «reafirmación de la identidad», que se encuentran en plena extensión, en los cuales intervienen, entre otros, las dimensiones étnica y religiosa, y, en relación con los integrismos propiamente dichos, el hecho de que, a partir de un Libro sagrado y de una religión establecida, modelan con diversos grados de intolerancia, e incluso de violencia, toda una cosmología, una concepción de la vida, el hombre, el Derecho, la sociedad, el Estado y el mundo.

Por supuesto, existen distinciones importantes entre los extremismos religiosos que se manifiestan en distintas religiones, aunque los estudiosos estiman que todos van en una misma dirección: una reacción de fuerte rechazo ante algunas características de la modernidad, un intento

de instrumentalizar la religión con un objetivo político o de protesta social, el rechazo a un modelo cultural laico (hay grupos que ven al humanismo laico como un enemigo, engendrado por el demonio), el propósito de afirmar la trascendencia en un mundo desencantado, desilusionado, donde se suceden manifestaciones de descontento determinadas por múltiples motivos (políticos, económicos, culturales, étnicos, de género, etc.).

Entre los extremismos religiosos, se destacan los que se desarrollan dentro del cristianismo —tanto en el catolicismo como en el movimiento evangélico—, en el islamismo, en el judaísmo y en el hinduismo. Estos últimos perciben el sistema norteamericano y la llamada civilización occidental como expresión secularista que viola los principios más sagrados del ser humano. Existen extremismos de derecha y de izquierda, como también manifestaciones de terrorismo de Estado. Algunos grupos extremistas son más propensos a la violencia que otros. En algunos, se apela al terrorismo verbal; otros recurren al uso de las armas. En este tipo de movimientos suelen estar presentes manifestaciones deformadas de nacionalismo, xenofobia, racismo, sectarismo, entre otras.

Extremismo cristiano de derecha

En la época moderna encontramos rasgos de extremismo dentro del cristianismo, los cuales, en una época conocida como «poscristiana», revisten múltiples formas, según los países y las diferentes confesiones. Estos movimientos, por lo general, adoptan los nombres de avivamiento, neopentecostalismo, fundamentalismo, en las esferas protestantes; y de intransigencia o integrismo, en el catolicismo. Suelen tener en común que provocan el nacimiento de una multitud de comunidades (o fragmentan las ya existentes, lo que suele denominarse explosión de sectas), de grupos más o menos místicos (en cierto modo influidos por las culturas y religiones orientales, aunque no se atrevan a reconocerlo), esotéricos, carismáticos, en disidencia o no con las llamadas iglesias históricas o establecidas.

A partir de la Biblia (leída como la palabra de Dios), de un catecismo o de una enseñanza dogmática, interpretada de forma directa y de manera literal (desconociendo la hermenéutica moderna), intentan resistir y oponerse a la modernidad, a algunos avances de las ciencias y teorías científicas como el evolucionismo o darwinismo, a la secularización de la sociedad y, en especial, de la enseñanza y la cultura —a las cuales juzgan de forma agresiva—, al tiempo que añoran una supuesta «sociedad perfecta» de un ayer

idealizado, poder volver a colocar a Dios en el centro de la vida social. Estos grupos fundamentalistas cristianos generalmente suelen expresar reacciones de identidad.

La nueva derecha religiosa

Entre los movimientos que mayor influencia tienen en la actualidad se destaca la Nueva Derecha Religiosa de los Estados Unidos, que ha logrado penetrar en forma significativa uno de los dos partidos políticos del sistema norteamericano, el Partido Republicano, e influir significativamente en el Congreso, tratando de imponer su agenda.

Habría que tener en cuenta que no es algo nuevo el involucramiento de los fundamentalistas y los cristianos llamados evangélicos en la política de los Estados Unidos, y que los evangélicos son aquellos protestantes que rechazan una interpretación moderna de las Escrituras, a las que estiman regla última de la fe y la conducta. Creen en la Trinidad —destacando el papel del Espíritu Santo—, en la salvación por la gracia —mediante un don de Cristo— a través de la fe en el sacrificio expiatorio de Cristo, en la inmortalidad del alma, la eternidad, el infierno, la resurrección de los muertos y la segunda venida de Cristo.⁸

Por evangelismo se entiende, en el contexto norteamericano, el conjunto de los grupos religiosos que se inspiran en los Evangelios cristianos, aunque tengan diversas lecturas de estos. Las religiones evangélicas han sido históricamente una fuerza política en los Estados Unidos desde la segunda década del siglo xx. Durante el período comprendido entre el fin de la Primera guerra mundial y finales de los 70, su influencia disminuyó dramáticamente, pero después, una renovación involucró de nuevo con fuerza a los evangélicos y los fundamentalistas en la vida política de la nación norteamericana. La tendencia continuó en los 90, con algunos tropiezos, debido a escándalos morales de algunos de los más conocidos predicadores del televangelismo, lo que les hizo perder legitimidad, al tiempo que arreció la crítica de los liberales contra ellos.

La Derecha religiosa en los Estados Unidos es una coalición libre de grupos autónomos y de individuos, que se unen, con la convicción de que los Estados Unidos están en medio de un severo declinar espiritual y moral; una declinación que puede arrastrarlos como una bola de nieve en una avalancha, conducir a la derrota de los Estados Unidos, e impedir la «democratización» del mundo.⁹ La principal agrupación de esta tendencia es la llamada Coalición Cristiana.

La Coalición Cristiana es una organización de ciudadanos de base fundada en 1989 con el propósito

explícito de «dar al pueblo de fe una voz en el gobierno»,¹⁰ y está compuesta principalmente por grupos profamilia de evangélicos, católico-romanos, judíos, ortodoxos griegos y de otras confesiones. En 1995, contaba ya con más de un millón seiscientos mil miembros afiliados y con el apoyo de mil seiscientos capítulos locales en los cincuenta estados de la Unión; utilizaba una vasta red de más de sesenta mil iglesias para «educar» a los votantes sobre temas relacionados con la familia.

El 17 de mayo de 1995, en una conferencia de prensa, la Coalición dio a conocer un programa de diez puntos, denominado «Contrato con la familia americana», autocalificado de «un plan audaz [para] fortalecer la familia y restaurar los valores del sentido común». Estos diez puntos fueron: restauración de la libertad religiosa, control local de la educación, promoción de la elección escolar, protección a los derechos de los padres, una política de impuestos de apoyo a las familias, restauración del respeto a la vida humana, animación del apoyo a la caridad privada, restricción de la pornografía, privatización de las artes, y castigo a los criminales y no a las víctimas. Este programa fue la contribución de la Coalición a la agenda del Congreso.

Los miembros de la Derecha religiosa creen que solo mediante un retorno a los valores tradicionales de la vida norteamericana —cuya mayor salvaguardia estiman constituida por los cristianos fundamentalistas—, se podrá prever esta derrota y lograr que los Estados Unidos vuelvan a ser una nación fuerte, que existirá hasta el final de los tiempos.

Estos grupos se mueven dentro y fuera de una coalición sumamente amplia, que apoya una serie de temáticas susceptibles de evolucionar con el tiempo. Base de esta amplia plataforma es la exhortación al retorno de los valores tradicionales, y el apoyo a estructuras familiares tradicionales, al tiempo que se oponen con fuerza a la Enmienda por la Igualdad de Derechos (ERA), que coloca en un mismo plano al hombre y la mujer (para ellos, el lugar propio de la mujer está en el hogar, subordinada al hombre y encargándose de la familia y de la educación de los hijos). También se oponen a los estilos de vida de los homosexuales.

Entre sus objetivos relevantes figuran los relacionados con las escuelas públicas (tratan de controlar las juntas escolares, censurar textos, imponer la oración en las escuelas, y una enseñanza, inspirada en la Biblia, que destaque el papel de la religión), así como lograr que el gobierno apoye económicamente el sistema privado de las escuelas cristianas. Respecto a la política exterior, abogan por la superioridad militar de los Estados Unidos.

La Nueva derecha religiosa se apoya en la subcultura evangélica fundamentalista, de la que toma su lenguaje apocalíptico y muchos de sus símbolos, algunos de los cuales aparecen también en recientes discursos del presidente George W. Bush y de algunos miembros de su gabinete.

Otro aspecto que se debe destacar es la acción política directa, a través de una serie de lobbies, mediante los cuales actúan a favor de su agenda en el Congreso Nacional, así como en los Congresos estatales y ante diversas agencias oficiales; mientras realizan movilizaciones, aprovechando las reuniones religiosas, en pro del registro de votantes y la elección de candidatos que compartan sus puntos de vista.

Los conservadores asumen la expresión genérica de «una nación bajo Dios» o una «Nación cristiana» y ven en la revelación bíblica y en la Ley natural, la base de las leyes que, según ellos, deben reflejar la moralidad bíblica. Hay sectores evangélicos conservadores que consideran el pluralismo religioso solo posible entre los grupos y denominaciones cristianas, y abogan por una «Nación cristiana», restaurando el antiguo mito del origen cristiano de Norteamérica, e ignorando la realidad histórica de que esa nación tuvo una doble herencia religiosa y secular. Entre los que abogan por una Norteamérica cristiana figuran movimientos como el Reconstruccionismo cristiano, que considera que debe imponerse una estricta ley bíblica en esa sociedad.¹¹

Recientemente, algunos grupos de la Nueva derecha religiosa han asumido una actitud menos estridente, que la exhortación a una Norteamérica cristiana, y hacen énfasis en los «valores judeocristianos» o en los tradicionales,¹² más que en la identificación religiosa, lo cual favorece la ampliación de su base social.

Los grupos liberales critican fuertemente la actuación de la Nueva derecha religiosa, surgida en la década de los 70, y demandan protección para los principios constitucionales y el pluralismo democrático. Grupos como Pueblo por una vía democrática, y Unión americana por las libertades civiles, han expresado su preocupación ante las exhortaciones de la Nueva derecha religiosa al retorno a una Nación cristiana, y argumentan que tales planteamientos constituyen un peligro para el cuerpo político estadounidense.¹³

La Nueva derecha religiosa se apoya en la subcultura evangélica fundamentalista, de la que toma su lenguaje apocalíptico y muchos de sus símbolos, algunos de los cuales aparecen también en recientes discursos del presidente George W. Bush y de algunos miembros de su gabinete, entre ellos el fiscal general John Ashcroft, quien fuera gobernador de Missouri, laico activo de la

denominación pentecostal Asambleas de Dios, una de las mayores iglesias pentecostales norteamericanas, y cuyo padre fue presidente de un pequeño *college* (una especie de secundaria o preuniversitario) pentecostal en Missouri, considerado uno de los principales líderes de los evangélicos de derecha.¹⁴

Este movimiento no solo aboga, como ya hemos dicho, por una Nación cristiana regida por una especie de Estado teocrático fundamentalista, sino que tiene una visión polarizada de las cosas: para ellos, el cristiano vive en medio de un mundo de verdad y falsedad, donde se enfrentan el bien y el mal, la luz y las tinieblas, los falsos dioses y el Dios verdadero del cristianismo, la carne y el espíritu, los demonios y los ángeles, las tentaciones mundanas y la salvación divina. Frente a ellos, solo existe una salida correcta: «amar lo bueno y aborrecer el mal».

A partir de una hermenéutica pentecostal bíblica, se llega incluso a condenar a otras iglesias como apóstatas, a las que acusan de falso cristianismo; denuncian a los que consideran falsos profetas y a los nuevos movimientos religiosos, por considerarlos satánicos, al tiempo que asumen el papel de perseguidos por las fuerzas de Satán y sus aliados, entre los que incluyen al humanismo secular.

Los conservadores evangélicos consideran entre las fuerzas anticristianas / fuerzas del mal, al secularismo moderno, identificándolo con el ateísmo, y considerando que después del derrumbe del Muro de Berlín, reemplazó al comunismo ateo como principal enemigo. También incluyen religiones no cristianas, procedentes de otras culturas y regiones del mundo y a los llamados Nuevos movimientos religiosos, caracterizados por el sincretismo. Con el fin de la Guerra fría, la Coalición cristiana, por ejemplo, se vio en la necesidad de buscar nuevos temas para su agenda, con el objetivo de unir y de ampliar el grupo de sus seguidores.

La verdadera y única solución, consideran, está en la formación de un nuevo orden mundial, que reconstruirá cristianamente la sociedad universal, en espera de una segunda y definitiva venida de Cristo, el único Salvador,¹⁵ quien establecerá la verdad y la justicia (Salmo 96: 13), juzgará a las naciones y luchará contra el mal.¹⁶

Esta tendencia, que domina entre los evangélicos conservadores, tiene contactos (y trata de reforzarlos) con sectores católicos conservadores, por lo cual se creó la Alianza Católica, como hermana de la Coalición Cristiana, e incluso con judíos derechistas, pese a frecuentes manifestaciones de antisemitismo de algunos líderes de la Derecha religiosa. Algunos evangélicos conservadores propician un movimiento denominado Cristianos Hebreos, que conserva elementos culturales y costumbres judías, y trabaja por convertir a los judíos a un cristianismo fundamentalista.¹⁷

En los últimos tiempos, a fin de ampliar su base social y lograr avances políticos en su agenda, líderes de la Coalición Cristiana están dando pasos significativos hacia una vinculación con grupos ortodoxos musulmanes, judíos ortodoxos y otros conservadores no cristianos, e incluso con mormones y adventistas —a quienes los evangélicos no consideran cristianos, y colocan entre lo que denominan despectivamente «sectas»—, así como tratan de acercarse a pastores afronorteamericanos e hispanos independientes. Les ofrecen apoyo económico y reconocimiento público aprovechando su actitud hacia temas vinculados con valores tradicionales, como la defensa de la familia, la campaña antidrogas, la lucha contra la violencia urbana y la pornografía, y apoyando sus demandas a favor de que se les otorguen recursos del Estado a sus programas sociales.

La Nueva derecha religiosa se está mostrando cada vez más inclinada a aceptar en sus luchas locales y políticas un pluralismo étnico y religioso, con el objetivo de ampliar sus fuerzas en favor de su agenda. Hay que tener en cuenta que existen grupos de evangélicos conservadores que actualmente cruzan el espectro teológico y dejan a un lado sus diferencias doctrinales, para organizar una activa cruzada de corte populista, por transformar lo que ellos consideran una inmoralidad: la sociedad secular. «Este es un movimiento inspirado por Dios y los liberales no podrán detenerlo», afirmó uno de sus líderes locales.¹⁸

Sin embargo, también abundan evangélicos conservadores a quienes les preocupa el abandono del concepto tradicional de separación de la Iglesia y el Estado, que ellos manifiestan «honrar y respetar sinceramente». Por lo cual perciben a la Nueva derecha religiosa como un factor de división dentro del evangelismo y consideran que debe rechazarse. Al analizar la relación entre los evangélicos y la Nueva derecha religiosa, el profesor Corwin Smidt precisó que erróneamente se suele tratar la actividad política de los evangélicos y la de la Nueva derecha religiosa como si fueran idénticas, cuando «no todos los miembros de la Nueva derecha religiosa son cristianos evangélicos y

no todos los cristianos evangélicos son miembros de la Nueva derecha religiosa».¹⁹

Simultáneamente, el lenguaje de la Coalición Cristiana se torna cada vez más populista, e incluso asume una retórica izquierdizante, tomada de una interpretación pentecostal bíblica, lo que no deja de crear tensiones dentro del evangelismo.

El 29 de enero de 2001, nueve días después de asumir el cargo de presidente de los Estados Unidos, George W. Bush introdujo el tema de proveer con dinero gubernamental a las iglesias y otras casas de culto que ofrezcan servicios sociales para los norteamericanos necesitados. Con tal objetivo, dio órdenes de establecer la Oficina de Grupos basados en la fe e iniciativas comunitarias. Tal iniciativa ha provocado un gran debate que ha dividido el campo religioso entre los que creen que puede llevar a una instrumentalización de las instituciones religiosas y los que la apoyan por estimar que pondría fin a una discriminación de las instancias religiosas que laboran en el campo social, así como una reacción negativa de quienes consideran que viola la disposición constitucional de la separación Iglesia y Estado.

Rupturas

Los hechos del 11 de septiembre y el acelerado proceso de globalización demuestran que, como expresara el Papa Juan Pablo II, «no solo se han globalizado la tecnología y la economía, sino también la inseguridad y el miedo, la criminalidad y la violencia, las injusticias y las guerras»,²⁰ y plantean desafíos que es necesario abordar y profundizar para el estudio de su impacto.

En todo este nuevo contexto debe seguirse atentamente la evolución del auge de los movimientos extremistas religiosos, que a partir de la década de los 60 adoptaron formas nuevas o resurgentes de afirmación, marcados por lo que se considera una triple ruptura:²¹ en primer lugar, con la modernidad, percibida como ajena a Dios y a toda trascendencia. Se confunde en ocasiones secularidad con secularización y laicismo, incluso con la corrupción y la alienación, porque se percibe como la eliminación de la dimensión religiosa del hombre, en especial en lo que respecta a la vida institucional y educativa, ya que lo religioso quedaría relegado a la esfera de lo privado.

La segunda ruptura se produjo como consecuencia de lo que se percibió como un fracaso de las ideologías seculares, que en los años 60 fueron identificadas con las de liberación y progreso. Estos movimientos extremistas aparecen como de afirmación y de fe, que proponen alternativas a la ideología materialista

capitalista de Occidente, a su modelo de desarrollo neoliberal, que enriquece a los más ricos y empobrece a los más pobres, así como también a las experiencias del llamado socialismo real, y en especial al ateísmo marxista. Una de las ideologías más rechazadas es la del Estado-nación-partido.

Una tercera ruptura se produjo con el desarrollo de federaciones y bloques, fruto de ideologías internacionales que respondían a intereses geopolíticos y económicos. Tal tendencia provocó, en muchos sitios, una disolución de las identidades primeras, así como de solidaridades básicas y de referencias nacionales, culturales e individuales.

No es de extrañar que estas rupturas condujeran a «subidas de fiebre religiosa» en aquellas regiones donde la religión sigue desempeñando un papel clave dentro de la identidad, por lo cual resulta lógico que movimientos religiosos acompañaran a las reivindicaciones nacionalistas, étnicas, e incluso a reflejos antisemitas y racistas que habían permanecido congelados durante largos años y que resucitaron en el contexto de una nueva crisis. Estas crispaciones religiosas no serían tampoco ajenas a guerras y conflictos armados de diverso tipo.

El rechazo hacia certidumbres seculares e incluso hacia grandes iglesias o corrientes religiosas institucionalizadas, ha contribuido también al nacimiento de una especie de nebulosa místico-esotérica, que se manifiesta en la aparición de nuevos movimientos religiosos, concepto ambiguo que incluye grupos y movimientos de diferente impronta religiosa y cultural y hasta algunos que se autodefinen como no religiosos y científicos, como *New Age* (Nueva Era). En todo este complejo panorama, los políticos vuelven a utilizar en sus discursos elementos propios de la retórica religiosa para tratar de alcanzar legitimidad y lograr consenso, y los medios masivos de difusión se vuelven a interesar en la función de actores sociales y políticos procedentes del campo religioso. En cada región este complejo proceso adquiere características diferentes, motivadas por factores de diverso tipo que influyen en su conformación. Es notable, en este sentido, la distinción entre el mundo occidental y el Tercer mundo, como se está manifestando en los últimos acontecimientos.

Notas

1. Henri Tincq, «El auge de los extremismos religiosos en el mundo», en Jean Delumeau, *El hecho religioso. Enciclopedia de las grandes religiones*, Alianza Editorial, Madrid, 1995, p. 683.

2. *Ibidem*.

3. *Ibidem*.

4. Elio Masferrer Kan, «La configuración del campo religioso latinoamericano. El caso de México», *Sectas o iglesias*, Plaza y Valdés, S.S. de C.V., México DF, 1998, p. 41.

5. Jean Delumeau, «Prólogo», en Jean Delumeau, *ob. cit.*, p. 7.

6. Enrique López Oliva, «¿Hacia dónde vamos?», Ponencia presentada en el VI Taller de Antropología Social y Cultural Afroamericana «Entre Cubanos», Casa de África, La Habana, 8 de enero de 2002 [inédito].

7. Enrique López Oliva, «Distintas formas de espiritualidad», ponencia presentada en la Consulta Pastoral «Espiritualidad, vida y renovación», Centro Cristiano de Reflexión y Diálogo, Cárdenas, Matanzas, 8 de febrero de 2002 [inédito].

8. Julia Mitchell Corbett, *Religión in America*, Prentice Hall, Upper Saddle River, Nueva Jersey 2000, p. 175; Henri Tincq, *ob. cit.*, p. 685.

9. Julia Mitchell Corbett, *ob. cit.*

10. Ralph Reed, *Contract with the American Family. A Bold Plan by Christian Coalition to Strengthen the Family and Restore Common-sense Values* (Introducción), Random House, Inc., Nashville, p. 160.

11. Richard Cimino y Don Latin, *Shopping for Faith. American Religion in the New Millennium*, Jossey-Base Publishers, San Francisco, 1998, p. 137.

12. *Ibidem*.

13. Robert Zwier, «The Power and Potential of Religious Interest Groups», *Journal of Church and State*, v. 33, n. 2, primavera de 1991, Waco, Texas, p. 271.

14. Derek H. Davis, «President Bush's Office of Faith-Based and Community Initiatives: Boon o Boondoggle?», *Journal of Church and State*, v. 43, n. 3, verano de 2001, Waco, Texas, pp. 411-22.

15. Grant Wacker, «The Religious Right: A Historical Overview», en Michael Cromartie, ed., *No Longer Exiles. The Religious New Right in American Politics*, Ethics and Public Center, Washington, D.C., 1993, p. 20.

16. Robert Boston, «El nuevo orden mundial de Pat Robertson», *Caminos*, n. 8, Centro Memorial Martin Luther King Jr., La Habana, octubre-diciembre de 1997, pp. 14-24.

17. *Ibidem*, p. 18.

18. Donald C. Stamps y J. Wesley Adams, eds., *Biblia de Estudio de la Vida Plena*, Ed. Vida, Miami, 1993, p. 789. Versión bíblica utilizada por los pentecostales.

19. Corwin Smidt, «Evangelical Voting Patterns: 1976-1988», en Michael Cromartie, *ob. cit.*, p. 100.

20. Juan Pablo II, «Discurso en el Treinta Aniversario de la fundación de la Caritas italiana, 24 de noviembre de 2001», *L'Osservatore Romano*, n. 49, 7 de diciembre de 2001, Santa Sede, p. 14 (678).

21. Henri Tincq, *ob. cit.*, pp. 706-7.